

El descrédito de los partidos políticos

Víctor Manuel Muñoz Patraca

Resumen

Los partidos políticos se han visto sometidos a críticas recientes que hablan de la pérdida de su importancia debido a su incapacidad para dar respuesta a los desafíos derivados de nuevas demandas y actitudes de las sociedades democráticas contemporáneas. En este artículo se revisan algunas de esas críticas y se concluye que los partidos políticos siguen cumpliendo funciones básicas para la democracia. El caso de México permite confirmar esta postura por medio del análisis del problema, cómo se observa durante su proceso de democratización, en que se han vivido experiencias inéditas como elecciones que se deciden por unos pocos miles de votos, como ocurrió en la elección presidencial de 2006.

Palabras clave: Partidos políticos, México, desarrollo democrático, cultura política.

Abstract

Recent critics about the decline of political parties in democratic societies as a result of problems related with its performance to the new challenges and attitudes of the electorate are exaggerated because other studies show parties are still relevant in democracy. The Mexican experience of democratization process confirms this point of view even in critical situations like the last presidential election.

Keys words: Political parties, Mexico, democratic development, political culture.

Los partidos políticos son pieza fundamental del funcionamiento de las sociedades democráticas contemporáneas. Su papel de intermediarios entre ciudadanos y poderes públicos es tan importante como su capacidad de hacer llegar a los electores las propuestas que permiten la agregación de intereses en torno a un candidato o grupo de candidatos, que deberán cubrir los cargos públicos y con ello asegurar la renovación de los dirigentes. Sin embargo, en los últimos años, y como fenómeno generalizado, se observa que los partidos políticos en el mundo atraviesan un periodo de crisis,¹ y México no es la excepción.

¹ Véase R. Gunther, J. R. Montero y J. Linz (eds.), *Political Parties. Old Concepts and New Challenges*, G. B., Oxford University Press, 2002, en particular los trabajos de Hans Daalder y Juan Linz.

En este trabajo se analizan las expresiones más comunes del malestar que provocan estas organizaciones entre los ciudadanos de sociedades que, a pesar de sus particularidades y diferentes niveles de madurez democrática, coinciden en cuestionar el papel que juegan los partidos políticos. El caso de México sirve para mostrar la diversidad de aspectos que despiertan rechazo y los sentimientos encontrados acerca de estas organizaciones características de los sistemas políticos contemporáneos.

Los motivos del descontento

Una revisión de la bibliografía reciente sobre los partidos políticos evidencia la necesidad que han sentido los estudiosos de estas organizaciones de dar respuesta a las visiones que hablan de una crisis insuperable de los partidos políticos, debido a su incapacidad para dar respuesta a los desafíos del presente. En un pasado no tan lejano se aceptaba sin cortapisas su presencia, lo mismo en sistemas democráticos que autoritarios o totalitarios. ¿Por qué entonces los cuestionamientos actuales, que lo mismo se han dado en países estables, desarrollados económicamente, con ciudadanos educados, bien informados e instituciones democráticas legítimas y fuertes, que en países en vías de desarrollo que han vivido procesos de transición a la democracia en el último tercio del siglo XX?

Para algunos críticos, la decadencia de los partidos políticos corre paralela a la vitalidad de los nuevos movimientos sociales que cumplen de mejor manera la tarea de organizar a una parte de la sociedad en busca del cumplimiento de objetivos propios que distinguen a sus integrantes del resto de la sociedad y los unifican en su intento de hacer triunfar su propuesta. Para los votantes de las sociedades democráticas contemporáneas, ciudadanos que cuentan con mayor y mejor información sobre los acontecimientos políticos y sociales, no sólo de su entorno inmediato sino del mundo entero, las banderas ideológicas enarboladas por los partidos políticos no responden (y en ocasiones contradicen) los valores en cuya defensa están dispuestos a involucrarse, por lo que reclaman canales no tradicionales de participación política. Los movimientos sociales han capitalizado, en buena medida, los sentimientos anti-partido en muchas sociedades.²

Mayor información y transparencia son aspectos que se encuentran en la base de otra parte de las críticas que se hacen a los partidos políticos en la actualidad. Los escándalos de corrupción han provocado el rechazo de la ciudadanía en países de la Unión Europea y en Estados Unidos, y hasta

² Véase Hans-Jürgen Puhle, "Still the Age of Catch-allism? *Volksparteien* and *Parteiinstaat* in Crisis and Re-equilibration", en R. Gunther, J. R. Montero y J. Linz (eds.), *Political Parties*, op. cit., pp. 72-74.

el suicidio de algunos políticos involucrados. En la enorme mayoría de los casos, los actos de corrupción se han ligado con el financiamiento de las campañas políticas que cada día son más onerosas. Los medios de comunicación electrónicos juegan un papel clave en esos procesos, pues gracias al desarrollo tecnológico es posible acercar a los candidatos con prácticamente la totalidad de los electores. En este sentido, los partidos políticos no sólo han perdido parte de sus funciones al quedar desdibujada una de las características distintivas de los partidos políticos: buscar el apoyo popular para sus candidatos,³ sino que los altos costos de las campañas televisadas han llevado al crecimiento de las aportaciones realizadas por intereses privados —en acciones poco claras y en ocasiones ilegales— que permiten a partidos y candidatos sufragar los gastos generados en la búsqueda del voto ciudadano.

Otro componente del sentimiento anti-partidos que algunos autores han medido en las sociedades democráticas contemporáneas, es la idea de que el partido divide a la sociedad, la confronta y la aleja de los consensos necesarios en torno a programas orientados al cumplimiento del bienestar general. Ésta es, sin duda, la queja que más se ha escuchado en toda la historia de los partidos políticos. El temor al faccionalismo, a una división de la sociedad que genera confrontación y violencia, se ha expresado por lo menos desde el siglo XVIII, cuando los filósofos de la época resaltaban el carácter pernicioso de los grupos (todavía no partidos políticos en los términos que ahora los entendemos) que, actuando con base en intereses y motivaciones personales, lo mismo destruían gobiernos que separaban a los miembros de una sociedad, imponiendo al conjunto sus intereses particulares. Para David Hume, las facciones o partidos (él utiliza estos términos como sinónimos) “subvierten el gobierno, hacen impotentes las leyes y suscitan la más fiera animosidad entre los hombres de una misma nación que debían prestarse asistencia y protección mutua”.⁴

La representación de los intereses mayoritarios —se consideraba entonces— obliga a quienes han sido elegidos al parlamento a trabajar a favor de todos, sin distingo alguno.

³ J. LaPalombara y M. Weiner (eds), *Political Parties and Political Development*, New Jersey, Princeton University Press, 1966, p. 6. De acuerdo con estos autores, son cuatro los criterios que permiten diferenciar a los partidos políticos de organizaciones que les antecedieron. Los partidos políticos son una organización, primero, durable, es decir, cuya esperanza de vida sea superior a la de sus dirigentes; segundo, completa, construida a todos los niveles, en donde se teje una red de relaciones entre los dirigentes centrales y las unidades de base; tercero, que tiene la voluntad deliberada de ejercer directamente el poder, y cuarto, como se señaló, que se preocupa por buscar el apoyo popular.

⁴ “Acerca de las facciones”, en K. Lenk y F. Neumann, *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Barcelona, Anagrama, 1980, p. 79.

El parlamento no es un congreso de embajadores de intereses diferentes y hostiles, que cada uno tiene que mantener como agente y abogado frente a otros agentes y abogados. Sino que el Parlamento es una asamblea deliberativa de una sola nación, con un solo interés, el del todo, en el cual no deben servir de guía los prejuicios locales, sino el bien general que resulta de la razón general del todo. Ustedes eligen un diputado, sin duda, pero cuando lo han elegido ya no es un representante de Bristol, sino un diputado.⁵

Desde su aparición hasta la fecha, la crispación, la confrontación y la violencia han sido atribuidas a intereses egoístas de los políticos.

El desprestigio de muchos políticos actuales se debe a que los votantes perciben su actuación como una búsqueda de posiciones personales y acuerdos que satisfagan sus ambiciones, sin compromiso con los principios y valores que inspiran el partido político que los llevó al poder. Esta es, también, una vieja historia. Edmund Burke, en un escrito de 1770, expresó su punto de vista sobre este tema que aún hoy irrita y decepciona a los electores. Para este autor, un partido político, por definición, reúne a un grupo de hombres interesados en promover, sobre la base de principios compartidos, lo que consideran es el interés nacional. Por lo tanto, es completamente aceptable que este grupo, que comparte principios y proyecto, busque su realización por medio de la consecución de posiciones dentro del poder del Estado. Con claridad, Burke señala que

sin discriminar a los otros, [los miembros del partido que ha alcanzado el poder] están obligados a dar preferencia a su propio partido en todas las cuestiones de interés; [pero] en ningún caso les es lícito aceptar, por razones egoístas, ofertas de poder que no sean ventajosas para todo el partido.⁶

Un político honesto no puede aceptar tareas o apoyar a dirigentes que contradigan los principios fundamentales en los que se apoya su partido. La lucha por el poder orientada a hacer triunfar la propuesta enarbolada por un partido, concluye Burke, “se distingue fácilmente de la baja y egoísta disputa por cargos y prebendas”.⁷ Desde el origen mismo de los partidos se ha observado este lado negativo de la existencia de los mismos, lo que no ha impedido su implantación y contribución en el desarrollo político.

En síntesis, puede afirmarse que los partidos políticos siguen siendo hasta nuestros días una pieza esencial en el funcionamiento de la demo-

⁵ Edmund Burke, “Speech to Electors of Bristol”, *ibid.*, p. 83.

⁶ “Thoughts on the Cause of the Present Discontents”, *ibid.*, p. 82.

⁷ *Ibidem*.

cracia representativa, pues siguen cumpliendo funciones que ninguna otra institución política cumple, como la de organizar el reclutamiento y hacer posible la periódica y puntual elección de representantes a parlamentos y gobiernos. A pesar de las críticas y las fallas de los políticos, siguen haciendo posible la negociación que permite la elaboración de políticas públicas plurales que ayudan a resolver los conflictos internos de una sociedad.⁸ No obstante, las críticas de los ciudadanos, su afiliación a nuevas causas que desbordan los límites ideológicos de los partidos y ponen en duda su capacidad de movilización, el fenómeno de la volatilidad del voto como una característica que confirma el debilitamiento de la identificación partidista, la inconformidad con la actuación de los partidos en el gobierno, obligan a los teóricos a establecer nuevas tipologías de los partidos y ofrecer definiciones y conceptos que capturen la realidad de las sociedades democráticas actuales. Y también obligan a los políticos a comprender que su papel como actores hoy es más visible que en el pasado, y que de su desempeño en el gobierno y como legisladores dependerá su futuro en el escenario político.

El problema en México

En la última década, los partidos políticos en México se han visto involucrados en elecciones fuertemente competidas, lo que ha dado lugar a manifestaciones hasta entonces poco comunes en la arena electoral mexicana, y se han presentado situaciones como las elecciones presidenciales de julio de 2006, cuando el triunfo se decidió por una diferencia de apenas medio punto porcentual.⁹

Los ciudadanos han mostrado su desconcierto cuando las pugnas inter e intrapartidistas han salido a la luz pública, poniendo al descubierto intrigas, ambiciones personales y protagonismos que generan dudas sobre la capacidad de los partidos para proponer las acciones que den respuesta a sus demandas de carácter político y social que, se supone, las organizaciones partidistas tendrían que recoger en sus propuestas a los electores.

Las alianzas entre partidos, a las que recurren cada vez con mayor frecuencia los tres más grandes —el Partido Revolucionario Institucional (PRI),

⁸ Véase Larry Diamond y R. Gunther, *Political Parties and Democracy*, Maryland, The Johns Hopkins University Press, 2001, *passim*.

⁹ El cómputo oficial de la elección, dado a conocer por el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación en su declaratoria de validez de la elección, dio como ganador al candidato del PAN, Felipe Calderón, con 14 millones 916 mil 927 votos (35.71%). El candidato del PRD, Andrés Manuel López Obrador, obtuvo 14 millones 683 mil 96 votos (35.15%). La diferencia fue de 233 mil 831 votos, el 0.56% del total.

el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD)— con los partidos pequeños, tanto en elecciones federales como locales, provocan el rechazo de una parte de los votantes y de la clase política misma, que se niegan a aceptar los acuerdos alcanzados por las dirigencias partidistas para sumar votos, en el caso de los primeros, o para asegurar la permanencia en la escena política de los más pequeños.¹⁰

Peor efecto causó en la sociedad mexicana haberse visto envuelta en una confrontación política desconocida para la inmensa mayoría de la misma, y el sentimiento de que las ambiciones personales de los políticos podían poner en duda la convivencia pacífica y legal en el país. Los partidos políticos y los políticos mismos habían puesto en jaque a una sociedad que vivió en 2006 un año difícil, durante el cual se puso en riesgo la estabilidad política tan apreciada. Los partidos políticos habían mostrado el lado oscuro, negativo, que desconcierta a los ciudadanos.

La información empírica sobre la cultura política en México permite conocer cómo se percibe a la política, los políticos y los partidos políticos. En el caso de la política existe, desde finales de la década de los años ochenta, un amplio consenso entre los mexicanos (66% de los interrogados) de que su objetivo es cumplir con tareas tan importantes como la conducción del país, la preservación de la soberanía y la seguridad nacionales. La percepción minoritaria identifica a la política con prácticas egoístas que conducen al enriquecimiento personal y del círculo familiar y de amigos, o la búsqueda de prestigio individual.¹¹ Consenso, conciliación, negociación y compromiso forman parte, en décadas recientes, de los valores aceptados como forma para regir las relaciones políticas y sociales y, en la actualidad, un alto porcentaje de la población (75%) acepta que en la democracia los problemas se resuelven por medio de discusión y acuerdos.¹²

Enrique Alduncin, en su estudio sobre los valores de los mexicanos, aplicó la misma encuesta con una diferencia de seis años, en 1981 y 1987, encontrando que “con el curso del tiempo la actividad política se devalúa a ojos de la gente, porque se desvirtúan sus fines”.¹³ A pesar de esa percepción más negativa en torno a la política, nuevos estudios muestran que la mayoría de los ciudadanos confía en ésta para la realización de un proyecto común. La política, considera una mayoría relativa (41.38% frente

¹⁰ Obtener una votación de al menos 0.13% del padrón electoral como establece la legislación electoral vigente.

¹¹ Enrique Alduncin Abitia, *Los valores de los mexicanos*, tomo III, México, Banamex-Accival, 1993, p. 101.

¹² *Latinobarómetro 2004, Informe-Resumen*, agosto 13 de 2004
<http://www.latinobarometro.org>.

¹³ *Loc. cit.*

a 31.72%), es una actividad que contribuye al mejoramiento del nivel de vida de los mexicanos.¹⁴

De los políticos se aprecia la franqueza para hablar de los problemas (59%), la honradez (52%), y directamente ligado a lo anterior, aceptar públicamente los errores cometidos (52%). La definición frente a los problemas (44%) resulta ser la actitud relativamente menos valorada por los interrogados, lo que implicaría una mayor aceptación del argumento de que un compromiso abierto con una causa pudiera ser negativo para la carrera individual del político.¹⁵

Para la mayoría de los mexicanos, los partidos políticos son necesarios para el funcionamiento del gobierno. Esto es así para 59.3% de los interrogados por INEGI para la Encuesta Nacional sobre Cultura Política, que estuvo de acuerdo en alguna medida —mucho, algo— con la proposición, mientras que sólo 17.72% opinó que son poco o nada necesarios y 22.98% no supo contestar. ¿Por qué son necesarios? Entre quienes así lo creen, destacan en sus respuestas la contribución que los partidos políticos hacen a la democracia y la pluralidad, al fortalecimiento de la crítica y la oposición, al funcionamiento del país y por su apoyo al gobierno. Quienes opinan lo contrario, consideran que las organizaciones partidistas son poco o nada necesarias porque no trabajan, son demasiadas, sólo buscan su beneficio, sólo pelean o no contribuyen al funcionamiento del gobierno.¹⁶

A pesar de que la mayoría reconoce la aportación de los partidos políticos a la vida democrática del país, menos de la tercera parte de los encuestados (31.33%) se identifica como simpatizante de algún partido político. Más de las dos terceras partes (68.01%) no simpatizan con partido alguno y una fracción mínima (0.66%) no supo contestar.¹⁷

El aspecto más relevante cuando hablamos de los partidos políticos en años recientes tiene que ver con la confianza depositada en ellos por los ciudadanos. En la Encuesta Nacional sobre Cultura Política, en una larga lista de 18 opciones propuestas, los partidos políticos ocupan la última posición, debajo aun de la policía, una de las instituciones más desprestigiadas del país. Sólo 5.37% de los encuestados dijeron tener mucha confianza en los partidos políticos, lo que contrasta enormemente con instituciones tradicionales como iglesias (54.79%), maestros (42.36%) y hospitales (31.39%), y con el nivel de confianza alcanzado por las nuevas instituciones creadas durante el proceso de democratización del país, como el Instituto Federal Electoral (28.25%) y la Comisión de Derechos Humanos (28.24%). Entre los cargos políticos el presidente de la República y los gober

¹⁴ Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, *Encuesta nacional sobre cultura política y prácticas ciudadanas 2001*, México, INEGI/Secretaría de Gobernación, 2003, p. 13.

¹⁵ Alduncin, pp. 109-115.

¹⁶ INEGI, *op. cit.*, cuadro 3.7a, pp. 137-140.

¹⁷ *Ibid.*, p. 18.

nadores se encuentran en un nivel similar entre ellos, ligeramente por encima del 21.5%, mientras que los presidentes municipales se encuentran por debajo (18%). La Suprema Corte de Justicia cuenta con el 9.84% de la confianza ciudadana, mientras que senadores y diputados tienen un nivel casi tan bajo (5.37%) como los partidos políticos. Ésta es, sin duda, la variable clave para entender la situación que atraviesa la representación política en el país.

Como señala el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en su informe *La democracia en América Latina*, los partidos políticos “enfrentan un momento de alta desconfianza como agentes de representación, lo cual es un desafío clave para el desarrollo democrático”.¹⁸ Los partidos políticos, considera el informe, no logran canalizar plenamente las demandas ciudadanas y esto sólo puede solucionarse mediante el fortalecimiento de los mismos.¹⁹ La experiencia mexicana apunta en ese sentido. En un país en donde la mayoría de sus ciudadanos (52.29%) considera que vive en una democracia, pero que esta democracia está lejos todavía de satisfacer las expectativas creadas, pues sólo 35.79% está muy o algo satisfecho,²⁰ puede deducirse que se avizora un avance respecto a lo alcanzado hasta ahora.

Los partidos políticos en México han sido actores clave del cambio democrático, por lo que de ellos se espera una actitud igualmente importante en la fase de consolidación. La elaboración de proyectos que den respuesta a las exigencias de una sociedad que se transforma y requiere ajustar sus instituciones y discutir la adopción de un nuevo modelo de desarrollo, son demandas sin respuesta. México es, en América Latina, el segundo país, debajo de Uruguay, en donde se considera que discutir los asuntos públicos favorece a la democracia. El 69% de los encuestados opina en este sentido, mientras que en Uruguay, en donde se tiene el mayor aprecio por la democracia en la región latinoamericana, alcanza 72% de opiniones favorables; en el polo opuesto, Ecuador recaba el 40%.²¹ La sociedad mexicana siente la necesidad de que se discutan los asuntos que le preocupan.

Un porcentaje aún más elevado de mexicanos (75%) piensa que “la democracia es el único sistema con el que México puede llegar a ser desarrollado”.²² El malestar por la incapacidad de la administración del presidente Vicente Fox para adoptar políticas públicas que se tradujeran en una mejoría en los niveles de bienestar de la mayoría de la población, resulta sin duda justificado. La situación económica, marcada por la pobreza

¹⁸ PNUD, *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos. Resumen*, Buenos Aires, Alfaguara, 2004, p. 25.

¹⁹ *Ibid.*, p. 27.

²⁰ INEGI, *op. cit.*

²¹ *Latinobarómetro 2004, op. cit.*, p. 10.

²² *Idem.*

y la falta de oportunidades, estuvo en la base del apoyo logrado por Andrés Manuel López Obrador, candidato que hizo suyos los reclamos por un viraje en la conducción económica para atender las necesidades de los menos favorecidos. Los opositores a los planteamientos del candidato de la Alianza por México encabezada por el PRD, enfatizaron el otro elemento que aparece como uno de los grandes retos de la consolidación democrática en el país: la falta de respeto por la ley.

En un trabajo elaborado para el Proyecto sobre el Desarrollo de la Democracia en América Latina (PRODDAL), Julio Cotler considera que

el descrédito del régimen democrático “realmente existente” propicia que amplios sectores sociales, particularmente los pobres y los excluidos del imaginario como de la acción político-estatal, asuman comportamientos “informales”, si no ilegales, para satisfacer sus aspiraciones individuales y colectivas, que el Estado es incapaz de controlar por no contar con los recursos materiales ni con el respaldo de la población.²³

En México, importantes sectores de la población trabajan en la economía informal. El Consejo Coordinador Empresarial ha calculado la participación de este sector en 12% del PIB, mientras que de acuerdo con el INEGI es responsable de 27% del total del empleo generado en el país. Es decir, que en 2003, 11 millones 175 mil 580 trabajadores se encontraban laborando en el sector informal, el mismo que creó siete de cada 10 nuevos puestos de trabajo que se generaron en el periodo. La población que vive en la ilegalidad se une a los empleados del sector formal que ganan menos de tres salarios mínimos al mes para formar un ejército de 25 millones de trabajadores que viven en situación de pobreza.²⁴ Las cifras más recientes fueron proporcionadas por el informe *Mexico: selected issues*, elaborado por un equipo del Fondo Monetario Internacional (FMI), y muestran un panorama desolador. De acuerdo con el organismo internacional, la economía informal equivale al 33% del PIB, es decir, 3 billones 13 mil millones de pesos, o su equivalente en dólares: 284 mil 545 millones de dólares. Lo que significa que más de la mitad de la fuerza laboral del país se encuentra en condiciones de informalidad que la mantienen al margen de las garantías que otorga la ley a los trabajadores.²⁵

²³ PNUD, *op. cit.*, p. 42.

²⁴ Agencia EFE, febrero 14, 2004.

<http://www.esmas.com/noticieros/televisa/mexico/343740.html>.

²⁵ La estimación del FMI es que entre 50 y 60% de los trabajadores en México carece de beneficios como seguro médico y planes de retiro. En su mayoría, son trabajadores localizados en las microempresas que, por su tamaño, tienen baja productividad. Considera que la informalidad combinada con un pobre crecimiento de la productividad laboral contribuyó al bajo crecimiento del ingreso de los trabajadores durante la década de 1990. Ver *La Jornada*, 13 de octubre de 2006.

Estas son las condiciones de vida en que se encuentra una parte importante del conglomerado que sufre el incumplimiento de los derechos consagrados en el artículo 3º constitucional. El hecho de que un amplio sector de la población no pueda capitalizarse por vivir en la ilegalidad crea frustración y resentimiento. El lastre que esto implica para el cambio que los partidos políticos deben promover, se expresa como la aceptación por el 57.82% de los entrevistados en la Encuesta Nacional sobre Cultura Política de que el pueblo puede desobedecer la ley si ésta es injusta.²⁶

La pobreza ancestral y la desigualdad social aunadas a los residuos de una cultura política autoritaria heredada de la Revolución Mexicana, constituyen una mezcla poco prometedora para el futuro de la democracia. La interpretación que el EZLN hizo del artículo 39 constitucional —que establece que “el pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno”— para justificar la vía armada, al margen de la política y por encima de los partidos políticos, es una muestra de uno de los riesgos que se enfrentan.

En México no existe la obligación formal por parte de los partidos políticos de promover la democracia entre los ciudadanos. El Código Federal de Instituciones y Procedimientos Políticos (COFIPE) sólo establece la obligación de éstos de respetar el Estado democrático. Los residuos autoritarios y estatistas en la cultura política obligan a los partidos a promover las adecuaciones que contribuyan a consolidar el régimen democrático. En el caso mexicano, el desencanto con la democracia es menor que en otros países latinoamericanos debido a que las expectativas del cambio son menores. A lo largo de los últimos diez años, con algunos altibajos, se ha mantenido la opinión acerca de que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno. Para los redactores de *Latinobarómetro* llama la atención la permanencia de los valores en México. En 1995, cuando se realiza la primera medición, y 2004, en que se realiza la última, el nivel es exactamente el mismo: 53% coincide en apoyar a la democracia. La alternancia y sus resultados impactan a la opinión pero después vuelve a tomar su nivel. El riesgo mayor no es el desencanto provocado por las promesas no cumplidas por el gobierno de la alternancia, sino el fracaso reiterado por lograr el cambio. En este terreno hay un elemento inquietante que no fue identificado por la Encuesta Nacional de Cultura Política, pero que sí lo hace *Latinobarómetro*. La institución militar goza de mayor confianza que los partidos políticos y los políticos. Sólo el 60% de los mexicanos afirma que en ninguna circunstancia apoyaría a un gobierno militar, y un porcentaje casi idéntico (61%) considera que un gobierno militar puede solucionar menos que uno democrático. Más de la mitad (54%) considera que un poco de mano dura no viene mal al país y 67% estaría dispuesto a aceptar un

²⁶ *Op. cit.*, p. 16.

gobierno no democrático en el poder si es capaz de resolver los problemas económicos.²⁷ Esta es otra amenaza de regresión que se cierne sobre la democracia mexicana.

Conclusión

Los partidos políticos atraviesan un momento de readecuación que ha sido exagerado cuando se define como una crisis que conduce a la caída de los partidos como pieza clave de la democracia. Muchas de las críticas que ahora se hacen y que han provocado el descontento de los electores que acuden en menor número a las urnas, han acompañado la historia de los partidos políticos. Otras, por el contrario, responden a nuevas demandas de sociedades con rasgos distintos, que las hacen más exigentes con la calidad de su democracia; o la incapacidad de los partidos que desde el gobierno son incapaces de solucionar problemas a los cuales se exigen respuestas eficaces. Las peculiaridades de cada sociedad pueden hacer que el acento caiga en uno u otro elemento, pero el descrédito se ha generalizado en las sociedades democráticas.

El reto actual que enfrentan los partidos políticos en el desarrollo político de México es mantener la capacidad demostrada en el pasado para impulsar la modernización del régimen autoritario y, más recientemente, para lograr el cambio democrático. La atención deberá centrarse en responder a las demandas de una ciudadanía cada vez más consciente de la importancia del debate público de las alternativas que se le ofrecen y de la necesidad de avanzar en la propuesta de un modelo de desarrollo económico inclusivo para una sociedad post-industrial y enfrentada a una creciente competencia internacional.

Los temas que preocupan a los ciudadanos de diversas sociedades del mundo se encuentran presentes en México. Confrontación que divide a la sociedad, oportunismo político, corrupción, incapacidad para dar respuesta a los problemas que preocupan al ciudadano común y un pobre desempeño del gobierno, del partido en el gobierno (cualquiera que sean sus siglas) y los partidos opositores en el congreso provocan incertidumbre y descontento en una sociedad que, a pesar, de los problemas, sigue mostrando confianza en la democracia, joven aún y sometida a un fuerte reto en las elecciones de 2006.

²⁷ *Op. cit.*, p. 21.